

COMUNIDAD

INTRODUCCIÓN

“Sobrellevad mutuamente vuestras cargas y así cumpliréis la Ley de Cristo” (Gal 6:2).

Michael Casey, OCSO, en su libro “Fully Human, Fully Divine” (“Completamente Humano, Completamente Divino”), dice:

“Debe haber voluntad de comunidad y debe haber algo que una a todos los miembros entre sí. En nuestro caso esta fuerza unitiva es el Espíritu Santo, que nos inscribe en la escuela de Cristo y que nos reforma haciéndonos semejantes a Cristo. Nosotros solos no podemos crear comunidad; lo que se necesita es una apertura corporativa a la obra del Espíritu que nos proporcione “el pegamento del amor” que une personalidades que de otro modo serían dispares”.

“A través de la interacción en comunidad, vamos descubriendo quienes somos, y descubriendo a Cristo en los demás. Escuela de amor que nos hace progresar en tolerancia y compasión.” (1)

“La comunidad es parte del mensaje y del método de Jesús”.

Andree Louf, OCSO, dice:

“Si queremos formar un vínculo real con los demás, debemos conocernos a nosotros mismos con nuestras limitaciones y defectos. No somos mejores que otros. Nosotros también necesitamos misericordia, y a decir verdad, puede que la necesitemos más que otros.....”

TESTIMONIOS

Permítanme darles varios testimonios de miembros de nuestra comunidad en Conyers.

Uno de los miembros dice:

“Siempre recordaré el momento que viví cuando llevaba más o menos un año como laico cisterciense y en el que me encontré completamente desilusionado con la vida comunitaria. Estábamos tratando de establecer procedimientos para la gobernanza comunitaria y mi trabajo consistía en facilitar el proceso. Estaba enojado y emocionalmente agotado mientras trataba con toda la variedad de personalidades de la comunidad; pero mi mayor problema, y del que entonces no era consciente, era mi autoexigencia para “controlar” el asunto y concluirlo de manera satisfactoria. Recuerdo con cariño que hablé con Dom Armand (por entonces Abad de Conyers) y le dije que preferiría proseguir con mi vocación laica contemplativa en un contexto hermético en lugar de comunal. Sonrió amablemente y me dijo que una experiencia comunal es la clave para crecer en el espíritu, ya que refleja continuamente “quien eres”. Desde entonces he tratado de tener esto bien presente, recordándome a mí mismo que la forma en que actúen los demás no es tan importante como mi reacción ante ellos.”

“Soportar pacientemente las debilidades de los demás, ya sea de cuerpo o de comportamiento”. RB Capítulo 72.

Otro intercambio

“En comunidad aprendemos a amar. Es difícil amar a una persona cuando no nos es simpática. Sin embargo, esa persona no solamente debe ser aceptada, sino amada. En esas circunstancias el amor no es fácil. Viviendo en comunidad eso me resultó muy difícil. Debo aceptar la debilidad de mi personalidad y rogar a Dios que me dé fuerzas para amar y aceptar al prójimo tal cual es, sin excepciones”.

“El concepto de comunidad me intriga. Me atrae incesantemente, y sin embargo escapa a mi comprensión”.

“Comunidad es un misterio”, dice Casey en su libro.

Continuemos con más testimonios:

“Lo que ocurre en la soledad del alma individual es lo que se lleva a la vida comunitaria”.

Por tanto, es muy importante proteger esta soledad del alma. La Madre Gail Fitzpatrick, en su libro “Seasons of Grace” hace una maravillosa meditación sobre este tema. En el capítulo 29, titulado “Círculos de Soledad”, dice que debemos rendir reverencia a todos y honrar el misterio y la singularidad de cada persona. Este círculo de soledad o delimitación que rodea a cada persona debe ser protegido y honrado.

“Nuestra experiencia laica-cisterciense de ser una comunidad conlleva el compromiso de reunirnos en el monasterio un domingo al mes para rezar, recibir charlas monásticas, tratar asuntos diversos y estar juntos. Por su propia naturaleza, es una configuración sensible de la vida comunitaria, que sin embargo, plantea ciertas exigencias que nos ayudan a evitar la trampa de comportarnos como SARABITAS o giróvagos. Nuestros estatutos nos llevan más allá de preguntarnos por el mundo de la teoría y el interés intelectual”.

“La Comunidad me permite ser más “yo mismo”, me pide que me vuelva menos auto-motivado y más motivado en Cristo.

La Comunidad me muestra lo que es de verdadero valor y lo que es de escaso interés.

La Comunidad me permite fallar y aun así sentirme aceptado.

La Comunidad me anima a empezar, a empezar a empezar.....

La Comunidad me cansa, me pone de mal humor, me pone nervioso y me hace preguntarle a Dios cual es Su Voluntad en ese momento.

Y también, la Comunidad es mi entrenamiento para solicitar ser admitido en la Comunión celestial de los Santos”.

“Mi comunidad la formamos mi esposo y yo, ambos laicos cistercienses del Espíritu Santo, además de cualquiera con quien me encuentre en mi vida diaria. Mis votos

matrimoniales me unen a mi marido, y mi promesa contemplativa laica me une a mi comunidad cisterciense. Estas promesas fueron hechas a Dios y a nosotros mismos. Considero mi casa como mi clausura monástica, dentro de la institución del Matrimonio”.

“Pertenezco a una comunidad laica-cisterciense y, aunque no vivimos juntos en un monasterio, estamos en contacto unos con otros, (bautizos, funerales, bodas,...) y rezamos juntos con devoción en nuestras reuniones mensuales. Desde la formación que me brinda, puedo comportarme con mi familia en casa con la misma deferencia, el mismo sentido del orden y sencillez, el mismo amor por el silencio y la soledad que permiten que mi hogar sea un lugar de descanso. Se necesita mucha oración, honestidad y práctica para comprender la alegría de desprenderse con amor dentro de la comunidad. Dom Augustine Moore comparaba la comunidad con un montón de piedras frotándose unas con otras lo suficiente como para que los bordes afilados se vuelvan redondeados y lisos”.

Aunque la vida en comunidad me pareció muy difícil, descubrí que espiritualmente era de lo más gratificante. En el trato con los demás encuentro mi propio fallo. No es que sea importante lo que otros hagan o dejen de hacer, sino cómo reacciono yo. Muchas veces, los actos que más me disgustan son los que veo reflejados, como en un espejo, mi propio quebrantamiento. ¿Cómo puedo llegar a un acuerdo conmigo mismo si no tengo comunidad?

Continuaré con mis propias ilusiones y decepciones.

REFLEXIONES Y CONCLUSIÓN

Te invito a reflexionar sobre lo que es tu comunidad personal.

¿Es tu familia? ¿Son tus relaciones laborales? ¿Nuestro grupo laico-cisterciense? ¿El mundo que nos rodea? Creo que son todos ellos.

¿Qué paralelo podemos nosotros hacer, seculares que vivimos en el mundo, con la escuela de amor descrita en la RB para las comunidades monásticas?

¿Cómo afrontamos los conflictos?

